

La obra de Kolakowski es poco conocida en nuestro país. No ha sido nunca un filósofo de moda, uno de esos que sirven para terminar una discusión y hundir al adversario; nunca "Kolakowski dixit" ha podido utilizarse como se usa, por ejemplo, el "Althusser dixit" o "Marcuse dixit". Y, no obstante, pocos libros contemporáneos merecen tanto nuestra atención como "El hombre sin alternativa" o "El racionalismo como ideología", que fueron ya difundidos hace algunos años en ediciones de bolsillo (2). La reciente reedición del primero de ellos y la publicación de un nuevo ensayo sobre Husserl (3) serían ya motivo bastante para dedicarle esta crítica. Los pocos textos suyos llegados hasta nosotros son suficientes para hacernos comprender que nos hallamos ante una de las personalidades más vigorosas del pensamiento contemporáneo, probablemente excluida de cenáculos y tertulias por los azares de su exilio y su firme voluntad de no plegarse ante ninguna tiranía.

El Kolakowski que conocemos a través de estas compilaciones de artículos se nos muestra así como un filósofo que, partiendo del marxismo, se esfuerza por huir del sistema cerrado e intenta rescatar lo más vivo de toda la tradición filosófica anterior a Marx, así como todas las aportaciones posteriores de la filosofía contemporánea, incluso la de aquellas que más parecen alejarse del marxismo. Sus artículos giran en torno al problema de la libertad, el problema del compromiso y el problema de la moral en un mundo donde predomina la razón de Estado.

Hay algo de malabarismo intelectual —malabarismo que todo publicista que ha vivido bajo una dictadura entiende a la perfección— en ese esfuerzo del filósofo por extraer el mejor partido polémico de ese medio que el sistema apenas le deja: la palabra. En uno de sus artículos se define a sí mismo como filósofo de la inconsecuencia. Filosofía de la inconsecuencia que no es más que elogio de la tolerancia y comprensión de la imposibilidad de plantear valo-



Leszek Kolakowski.

res absolutos. Su obra es así modelo de pensamiento abierto, entendiéndose por apertura no debilidad teórica, ni contemporalización conservadora, sino desafío continuado a la inteligencia para que no se duerma ante las trampas que tiende el concepto esclerotizado o la ideología encubridora. En otro artículo diferencia la filosofía del bufón de la filosofía del sacerdote: "El sacerdote es el guardián del Absoluto, él mantiene el culto de lo definitivo y de las evidencias tradicionales reconocidas. El bufón es el que duda de todo lo que encuentra evidente...; la filosofía de los bufones es aquella que desenmascara precisamente aquello que se considera como lo más sólido, la que descubre las contradicciones en aquello que aparece como evidente e indiscutible", para concluir diciéndonos que él siempre intentará mantenerse del lado de los bufones: "En la corte del rey hay más sacerdotes que bufones, de igual manera que existen en su reino más policías que artistas".

Filósofo de la inconsecuencia, filósofo bufón que se plantea, rastreando a lo largo de toda la historia del pensamiento, el problema de la compatibilidad del individuo con el todo, del hombre o de la sociedad con el Estado que dice representarle. Polémica contemporánea que engarza con la polémica religiosa mantenida entre los defensores de la acción individual, considerada como responsable y libre, y los sostenedores de la impotencia del ser humano ante la divinidad todopoderosa.

Kolakowski es consciente de

la imposibilidad de la certeza absoluta y de la variabilidad de los valores. El marxismo, el psicoanálisis y la moderna lingüística nos han acostumbrado a penetrar más allá de todo pensamiento para rastrear lo que yace detrás. Si el valor es histórico y la certeza depende de las condiciones del conocer, ¿cómo puede el filósofo o el moralista rescatar unos valores, valores que permitan el proyecto individual y el compromiso?

Kolakowski parte de esta doble impotencia, pero a la manera pascaliana elige, y elige en función de un criterio basado en la fe en el hombre y en su perfectibilidad. La idea de progreso, idea discutible y discutida, es asumida por él como atributo posible del ser humano, capaz del bien y de la felicidad. De ahí su humanismo marxista y su defensa de la utopía concreta; de ahí también su decidido propósito de luchar frente a todo aquello que impida que se manifieste lo más vivo y propio del ser humano; de ahí también su negativa a hipotecar un presente real concreto en virtud de escatologías redentoras. Por eso su filosofía se parece demasiado, en muchas ocasiones, a un manifiesto de combate y de urgencia. Durante su estancia en la Polonia estalinista su pluma fue motor de la defensa ininterrumpida de los derechos de la persona; posteriormente, sus escritos han sido y siguen siendo un modelo de planteamiento crítico: frente a esquematismos dualistas, frente a un mundo de buenos y malos, propugna la revisión continuada, el análisis desmenuzador y revulsivo de todo lo que se nos entrega como dado.

Quisiéramos terminar este artículo resumiendo su filosofía con las mismas palabras que él utilizaba para definir la filosofía del bufón: "Es la decisión a favor de una visión del mundo (basada) en una bondad sin indulgencia universal, un coraje sin fanatismo, una inteligencia sin desesperación y una esperanza sin ceguera". Todo un programa de dignidad intelectual que no está de más en un momento de tantos esquematismos y simplificaciones reduccionistas. ■ LOURDES ORTIZ.

"Mujeres in Ecclesia taceant"

La Editorial Noguer ha recogido en un nuevo tomo de la

cuidada colección que dirige Dámaso Alonso las obras escogidas de sor Juana Inés de la Cruz, de cuya selección y presentación se han encargado Georgina y Elías L. Rivers. Aun cuando Méndez Plancarte (Méjico, 1951-1957) editó las Obras Completas de sor Juana, falta todavía una edición rigurosamente crítica. Entre tanto, esta de sus Obras Selectas constituye un necesario y estimulante paso.

La edición incluye villancicos, una muestra de su teatro religioso y profano, respectivamente, sus poesías líricas completas, el poema El sueño (que los editores han vertido a la prosa) y la famosa Respuesta a sor Filotea de la Cruz, con la Carta Atanagórica que la precedió.

Sor Juana (1651-1695) fue un personaje excepcional. Monja de un convento, se relacionaba con los principales del virreinato que la visitaban con fre-



Sor Juana Inés de la Cruz.

cuencia, honrándola y honrándose con su amistad. Pero mientras ellos le pedían versos de encargos, sus enemigos la acusaban de sustentar "vanas presunciones intelectuales". Para darle la oportunidad de defenderse de estas acusaciones, el obispo de Puebla, que admiraba seriamente sus talentos, publicó su único texto de exégesis bíblica, que bautizó con el nombre de Carta Atanagórica. Se trataba de un sutil comentario de la monja a un sermón del padre Vieyra. El obispo aconsejaba a la monja en una carta anexa que se dedicara a las letras sagradas y abandonara las profanas, pues no podían serle de ningún beneficio. La Respuesta de sor Juana puede calificarse de una autén-

(2) "El hombre sin alternativa", Alianza Editorial, 1970, 2.ª ed., 1977. "El racionalismo como ideología", Ed. Ariel, 1970.

(3) "Husserl y la búsqueda de la certeza", Alianza Editorial, 1977. También son muy interesantes su "Vigencia y caducidad de las tradiciones cristianas", Amorrorru Editores, 1971, y su "El mito de la autoidentidad humana", en Cuadernos Teorema, 1976.

tica reivindicación del derecho al conocimiento por parte de las monjas.

En ella confiesa que se metió monja —en la Orden de las Carmelitas Descalzas primero y en la de San Jerónimo después— dada su total negación para el matrimonio. Y aun cuando expresa siempre su deseo de someterse a la voluntad divina, no hay en ella ni una pasión mística elaborada ni un ardor religioso ciego. Su verdadera pasión es razonar, poner en funcionamiento sus talentos —beneficio de Dios, no se olvida de aclarar—. Su mente, inclinada desde la infancia hacia los terrenos del saber, no puede parar un momento quieta. Sus opiniones vienen envueltas en los ardores del ingenio. Es maestra en dar en sus razonamientos una de cal y otra de arena.

Si ante la frase de San Pablo: "Mulieres in Ecclesia taceant" ("Las mujeres callen en las iglesias"), no manifiesta su desacuerdo, añade poco después: "Y esto es tan justo que no sólo a las mujeres, que por tan ineptas están tenidas, sino a los hombres, que con sólo serlo piensan que son sabios, se habría de prohibir..." (subrayado mío). Dejando caer, tras su aparente conformidad con las palabras del apóstol, su desdén por el sexo masculino. A los dos años de esta defensa de su genuino impulso de conocimiento, sor Juana dejó de escribir, hundiéndose en el silencio de su celda y el ajeteo de su convento, ese ajeteo que, confiesa, tan importuno le era para sus aficiones.

¿Cedió? ¿Se doblegó? ¿Hubo más presiones? Ciertamente, en su Respuesta se ven las huellas que iba dejando en ella la envidia. Los ataques que recibe, dice, no se deben a la posibilidad de que sus escritos causen ningún mal a nadie, sino "sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras". En su opinión, Cristo no fue condenado por malhechor o haber transgredido la ley, sino porque hacía milagros: "Qué hacemos —se preguntaron los fariseos—, porque este hombre hace muchos milagros".

Por lo demás, sor Juana no apunta que su vocación fuese específicamente la de escribir (aunque asegura que los versos le salían solos). Declara que jamás escribió por su gusto, sino a otras instancias, con la única salvada de El sueño, que viene a coincidir, significativamente, con lo más intrincadamente barroco de su producción. El estilo gongorino, qué duda cabe, le proporcionaba a la monja una vía idónea para poner en juego

su ingenio. El sueño es un poema a la sed sólo conduce a la derrota, queda en pie la grandiosidad del esfuerzo.

Pero en sor Juana, casi tanto como lo que escribió cuenta lo que no escribió, lo que hubiera escrito por su gusto, no sólo en esos dos años finales de absoluto silencio y total dedicación a sus hermanas de la Orden, sino a lo largo de toda su vida, en esos ratos que le quitaron la sociedad religiosa y la sociedad profana. Uno siente leyéndola que se fue sin haber dicho y hecho muchas cosas que anhelaba decir y hacer. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

Una ilusión de libertad

La represión de la sexualidad humana, la discriminación entre modalidades ortodoxas —consideradas como "naturales"— y heterodoxas de la actividad sexual, tienen un origen mucho más prosaico de lo que suponen algunos: obedecen básicamente a necesidades socioeconómicas.

Los antiguos egipcios, entre otros, practicaban ciertos cultos fálicos y ritos de fecundidad que, vistos desde una perspectiva actual, podrían parecerse auténticas orgías, y que debieron de parecerse también a los judíos, ya que la ley mosaica trataría de suprimirlos. La realidad es que Israel necesitaba guerreros e intentaría imponer en su territorio —y en el de otros pueblos bajo su dominio— una sexualidad socialmente útil, dedicada exclusivamente a fines de procreación.

En el mundo griego, y posteriormente en el romano, el amor homosexual y la pederastia eran simples variantes del sexo, lícitas e incluso habituales entre ciudadanos de determinadas capas sociales. La sexualidad era vivida, al menos en esas capas, como puro goce, sin prejuicios moralistas, lo que situaba a aquellos ciudadanos en las antipodas de la cultura judeo-cristiana.

Poco a poco, sin embargo, a medida que se extiende el cristianismo por Europa, la Iglesia acentuará, a través de las prédicas y los escritos de los que luego se llamarán sus padres, su rechazo de la sexualidad, que dejará de verse como algo natural para convertirse en fuerte de impurezas y de pecado. Se hablará entonces de partes "altas" y partes "bajas" del cuerpo, y todo lo relacionado con los genitales llegará a producir auténtico asco. Valga co-

mo ejemplo el comentario de uno de aquellos padres, San Agustín, quien dirá, a propósito del hombre, que viene al mundo "entre defecaciones y orina".

A pesar de todo, tardará mucho tiempo en encontrar arraigo este ideal cristiano de castidad y ascetismo en una realidad social como la del Medioevo, fundamentalmente agraria. Durante siglos, en efecto, los campesinos seguirán viviendo en co-



"Las tres gracias", de Rubens; imagen de una sexualidad más libre.

munas, durmiendo desnudos en una misma habitación, copulando sin vergüenza en presencia de terceros, masturbándose cada vez que sientan un cierto escozor. Todo ello con la mayor naturalidad, como atestiguan innumerables baladas y canciones medievales, cuyo contenido nos resulta hoy casi pornográfico.

Habrà que esperar, pues, al gran despegue capitalista en torno a 1500 para que la moral cristiana encuentre por fin el apoyo que necesita para su definitiva expansión y afianzamiento. El ascetismo predicado siglo tras siglo por la Iglesia, coincidirá sobre todo, en sus variantes protestantes, con las exigencias de la nueva ética burguesa del rendimiento, y ambas morales se reforzarán mutuamente.

El cuerpo humano dejará de ser un órgano de placer, entre otras cosas, para convertirse casi exclusivamente en instrumento de producción al servicio del sistema socio-económico. Y la sexualidad no tendrá ya otro fin que procrear hijos capaces de integrar, llegado el momento, la fuerza de trabajo que necesita el sistema.

La represión de todo deseo instintivo del individuo relacionado con la sexualidad tendrá como efectos una creciente erotización neurótica de la fantasía

y el desarrollo de conductas aberrantes, como el sadismo, los diversos fetichismos, etc. La época llamada en Gran Bretaña "victoriana" representará el punto culminante de esa moral coercitiva al servicio de un capitalismo en estado bruto.

Pero las exigencias del sistema variarán con el propio desarrollo de las fuerzas productivas: la llegada de la segunda revolución industrial hará ya superfluo el ascetismo como norma de conducta. Hoy, el capitalismo no necesita la explotación salvaje de quienes venden, como único recurso, su propia fuerza de trabajo. La nueva estrategia requiere, por el contrario, la extensión del tiempo libre del individuo, que ya no es simple productor, sino también, y de forma cada vez más acentuada, consumidor. De ahí que se promoció artificialmente el placer como fuente inagotable de beneficios, y se propagó, desde el propio sistema, un relajamiento de las normas de moral sexual imperantes durante el período anterior.

Pero, ¡atención!, los nuevos estrategias del capitalismo se han ocupado de trazar oportunamente una línea divisoria entre esfera pública y privada, y la tolerancia será distinta según los casos. De tal forma que la última servirá en realidad de válvula de escape para las tensiones acumuladas en aquella. La agresividad derivada de la propia impotencia en el ámbito de lo público —un ámbito que escapa cada vez más a la capacidad de control del individuo y que se tiende consecuentemente a vivir como destino— se convertirá así, debidamente canalizada, en "agresión de consumo".

De ese modo, como señala Anton Andreas Guha en su excelente **Moral sexual y represión social** (1), el individuo, incapaz de influir en la esfera de la producción, se replugará sobre sí mismo de forma narcisista y tratará de autoafirmarse a través del consumo. Consecuencia de todo ello es el desinterés creciente del ciudadano hacia las necesidades que podríamos llamar **sociales** —vivienda, salud, escuela, defensa del medio ambiente— en beneficio de otras individuales y en muchos casos puramente ficticias.

El relajamiento de las normas morales en la esfera privada —que no tiene nada que ver con el deseable retorno a una sexualidad exenta de prejuicios, sino que equivale a la simple satisfacción consumista de ciertas "necesidades" de origen neuró-

(1) Traducción de Nélida I. de Machain. Granica Editor. Barcelona, 1977.